

ORACIÓN

Dios de bondad y misericordia, Tú reanimas nuestra fe con la celebración anual de las fiestas pascuales, concédenos:

- abrir nuestros corazones y nuestras vidas a la PAZ que nos quiere comunicar cada día tu Hijo Jesús resucitado y Viviente,
 - recibir su Espíritu que nos dé vida, aliento y esperanza,
 - y sabernos “dichosos” por creer en Él a pesar de no verle con nuestros ojos.
- Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. AMEN.

TEXTO

MARCOS 16,1-8

«16¹Y, pasado el sábado, **María Magdalena** y **María** la de Santiago y **Salomé** compraron especias para ir y unirlo.

²Y muy temprano por la mañana, en el primer día de la semana, van al sepulcro después de salir el sol.

³Y se decían unas a otras: “¿Quién hará rodar para nosotras la piedra de la puerta del sepulcro?”. ⁴Y al levantar la vista, contemplan que la piedra había sido ya apartada (porque era muy grande).

⁵Y, tras entrar en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, cubierto con una vestimenta blanca, y se asombraron.

⁶Pero él les dice: “No os asombréis. ¿Buscáis a **Jesús el nazareno, el crucificado**? **Ha sido resucitado**; no está aquí. Ved el lugar donde lo colocaron. ⁷Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro que va delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, tal como os dijo”.

⁸Y, saliendo, huyeron del sepulcro, porque el temor y el asombro se habían apoderado de ellas. Y a nadie dijeron nada porque tenían miedo».

COMENTARIO

- Al final del pasaje anterior, dos de las tres mujeres que habían visto morir a Jesús observaron el lugar donde José de Arimatea había depositado su cadáver. Ahora las tres vuelven al sepulcro para completar los ritos funerarios abreviados por la llegada del sábado. Pero sus propios ritos no pueden ni siquiera empezar a ejecutarse por una llamativa visión que las saluda.

El pasaje está dividido en dos partes principales: el desplazamiento de las mujeres al sepulcro (16,1-4) y su encuentro con el joven (16,5-8). Cada parte consiste en una conversación (16,3b, 6-7) incluida en el relato (16,1-3a + 4 y 16,5 + 8). La conversación de la segunda parte contesta implícitamente a la pregunta planteada por la primera: Dios, que ha resucitado a Jesús de entre los muertos, ha solucionado el problema de las mujeres quitando la piedra de la entrada del sepulcro.

- 16,1-4: Transcurrido ya el sábado, es el momento de pasar a la acción para los que se preocupan por Jesús. Las tres mujeres mencionadas en 15,40, que vieron morir a Jesús, dos de las cuales fueron testigos también de su sepultura por José de Arimatea (15,47), compran especias aromáticas cuando el comercio vuelve a funcionar el sábado por la noche (16,1). Muy de mañana al día siguiente, poco después de la salida del sol, visitan la tumba (16,2). La posición final, por tanto enfática, del «antes de salir el sol»

sugiere que la referencia al astro es también un detalle simbólico, una metáfora para la resurrección de Jesús. Temprano por la mañana, en el AT, es el tiempo del rescate de Dios cuando las fuerzas de la oscuridad pierden terreno ante el ataque «del reino de la luz»; como afirma el Sal 30,5: «El llanto puede durar toda la noche, pero la alegría viene con la mañana». En la Biblia griega de la LXX, es el tiempo en el que Dios se revela a sí mismo (cf. Ex 34,2) y rescata al elegido de las manos de sus enemigos (cf. Gn 19,27-29; Jue 6,28; 1Sm 5,4; Is 37,36). Es también el momento en el que libera a Daniel de la guarida del león, parecida a una tumba, sellada con una gran piedra, y cuando se ve que ese sabio judío, como Jesús, resulta que está vivo por increíble que parezca (Dn 6,17.19-20). Es incluso más relevante que las últimas palabras de David comparen al monarca que saldrá de su linaje con la luz de la mañana en la salida del sol (2Sm 23,1-41).

Las tres mujeres, sin embargo, a pesar de su devoción a Jesús, se olvidan de la promesa mesiánica implícita en la salida del sol que alumbraba el sendero hacia el sepulcro. No piensan en Jesús como el mesías davídico a quien ha ungido Dios, sino como un cadáver que debe ser ungido por ellas, ignorando al parecer que un par de días antes de la muerte de Jesús una mujer anónima, al ungirlo, había hecho que su acción fuera redundante (cf. 14,8). De repente recuerdan, sin embargo, que hay un obstáculo práctico para que se realice el último servicio que tienen la intención de hacer a Jesús: «¿Quién hará rodar para nosotras la piedra de la puerta del sepulcro?» (16,3), expresión que es probablemente más un lamento que una pregunta.

Esta exclamación pone de relieve el problema al que se enfrentan las mujeres, y sirve también como complemento a la visión que tendrán en el versículo siguiente (16,4): la piedra ha sido ya apartada, a pesar de que era muy grande. La visión de las mujeres de la piedra ya desplazada va precedida por una mirada a lo alto, una palabra que suena a 6,41 y 7,34, donde Jesús había dirigido su mirada hacia el cielo antes de realizar un milagro; en los tres casos, la palabra prevé una revelación del poder divino a través de Jesús. Así pues, una acción de Dios ha logrado lo que estaba fuera de la capacidad de las mujeres.

- 16,5-8: Este miedo comienza a penetrar en las mujeres cuando entran en la cámara funeraria. Aquí ven las mujeres a un joven con una vestimenta blanca, que se sienta en el lado derecho de la tumba (16,5), una posición tradicionalmente relacionada con el poder y la victoria. Aunque Marcos no llame a este joven «ángel», es probablemente lo que entiende que es, ya que los ángeles bíblicos tienen el aspecto de seres humanos. Que se llame joven al ángel (*neaniskon*) es también significativo; su juvenil aspecto sugiere la frescura y el vigor de la nueva era que acaba de amanecer. Es confuso, sin embargo, si las mujeres lo reconocen como un ser sobrenatural; cuando en la Biblia se llama «hombres» a ángeles o «jóvenes», es generalmente porque parecen humanos a la gente que tiene un encuentro con ellos. Es posible, pues, que el asombro inicial de las mujeres tenga que ver con el encuentro de un ser vivo en la tumba y no por haber reconocido inmediatamente en él a un ángel. Pero parece más probable que ellas lo hubiesen percibido realmente como un ángel, puesto que su reacción de miedo y las palabras de tranquilidad de aquel corresponden a un modelo típico en la angelofanías bíblicas (cf., por ejemplo, Jue 6,22-23; Dn 8,17; 10,7.12; Tob 12,16-17; Lc 2,9-10; Ap 1,17).

En cualquier caso el «joven» descubre la desazón de las mujeres y procede a tranquilizarlas (16,6a). Pero sus palabras solo aumentan su asombro, porque a continuación les informa que el Jesús que ellas buscan no está donde lo habían dejado hace dos días (16,6b); en vez de ser saludadas por el cuerpo de Jesús, las mujeres encuentran un espacio vacío, al que el ángel les invita a mirar (16,6c). La ausencia sugiere aquí la presencia, o más bien la acción divina; la razón del vacío de la tumba y de la inutilidad de la búsqueda de las mujeres es que Jesús de Nazaret, el crucificado, ha sido rescatado del reino de los muertos, «ha sido resucitado». Los sintagmas «el Nazareno» y «el Crucificado» suenan a puramente formales y superfluos en el contexto del pasaje, lo que sugiere que el ángel *reproduce una confesión de fe cristiana primitiva* que sigue la línea «Jesús nazareno, el crucificado, ha sido resucitado» (cf. Hch 2,22-24; 3,15; 4,10; 5,30; 10,39-40; Rom 4,25; 1Cor 15,3-4). La versión marcana de esta confesión utiliza el

participio perfecto pasivo, importante teológicamente, para la crucifixión de Jesús (*estauromenon*), como hace Pablo en 1Cor 1,23; 2,2; Gal 3,1; Jesús sigue siendo «el Crucificado» incluso después de su resurrección. Pero sigue también siendo el hombre de Nazaret, por lo que esta combinación revela a la vez una semejanza y diferencia con Pablo; como el Apóstol, Marcos se concentra en la importancia continuada de la muerte de Jesús, pero a diferencia de Pablo, escribe un evangelio que proporciona una introducción amplia a la pasión del Nazareno.

Las mujeres, sin embargo, no deben permanecer con los ojos fijos en el espacio vacío donde el cuerpo de Jesús había estado colocado; en cambio, el ángel les manda dejar el sepulcro para salir y proclamar el mensaje de la resurrección de Jesús a sus discípulos (16,7a). Esta orden es típica también de las angelofanías, cuyo objetivo es a menudo transmitir una orden divina (cf., por ejemplo, Jue 6,25-26; 13,13-14; Tob 12,20; Ap 1,19). En esta orden especial, la astuta adición «y a Pedro» es probablemente una expresión con doble sentido. Por un lado, las mujeres deben anunciar las noticias especialmente a Pedro, el primer discípulo en ser llamado (1,16-18), el primero en reconocer el mesianismo de Jesús (cf. 8,29) y el que, en un futuro próximo, tendrá la gracia de que le sea concedida la primera aparición del Resucitado (cf. «allí lo veréis» en 16,7c y 1Cor 15,5). Mas, por otra parte, las mujeres deben proclamar el mensaje incluso a Pedro, el discípulo que hizo seguir a su confesión del mesianismo de Jesús un arrebató que le ganó el epíteto de «Satanás» (8,33), y a su protesta de fidelidad eterna (14,29-31), tres negaciones de Jesús en las que juraba no conocerlo (14,66-72). Pero es imperioso del todo punto que se extienda más allá del sepulcro la mano de la reconciliación a este discípulo caprichoso que no había reconocido la necesidad del sufrimiento de Jesús, ni tampoco la maldad humana, incluida la propia.

El mensaje del ángel es que Jesús va por delante de los discípulos a Galilea, donde ellos lo verán como había ya prometido (16,7bc). Este anuncio evoca varios pasajes marcanos anteriores. El más obvio es 14,27-28, donde Jesús había ya pronosticado su muerte, la dispersión de sus seguidores, su resurrección y su marcha victoriosa hacia su patria después de la resurrección. La profecía anterior, sin embargo, no dice explícitamente que los discípulos verán a Jesús en Galilea. Pero nuestro pasaje recuerda también la escena galilea de la marcha sobre las aguas en 6,45-52, que por sí misma tenía una atmósfera resurreccional y que había ocurrido cerca del alba, y en la que Jesús parecía estar decidido a ir delante de los discípulos a la orilla de enfrente. Los discípulos vieron realmente a Jesús, y quedaron impresionados con la visión. De cualquier modo, la presente indicación de que verán a Jesús en Galilea proporciona una resonancia positiva a esa región especialmente relacionada con los inicios del ministerio de Jesús, en donde ahora *han de comenzar de nuevo*.

Jesús, pues, está en movimiento de nuevo, después de vencer la inmovilidad de su fijación a la cruz; ahora toma rumbo hacia el lugar donde la misión cristiana comenzará su andadura. Esta concepción de un ser divino en movimiento corresponde a un prototipo bíblico (cf., por ejemplo, Gn 18,1-16a; 24,7; Ex 23,20; 33,2). Además, en Gn 24,7 y Ex 23,20, ese «ir por delante» de los seres divinos garantiza el éxito de un proyecto que de otra manera no tendría esperanza alguna. La primera exigencia para incorporarse a esta victoriosa marcha divina es un encuentro con el Señor resucitado, y esto es lo que el ángel promete a los discípulos por medio del mensaje que confía a las mujeres en 16,7c.

Pero estas no lo transmiten; en cambio, huyen de la tumba llenas de terror y no dicen nada a nadie (16,8). Así pues, como en 5,14-15, los seres humanos temen y escapan en vez de agradecer a Dios el milagro que ha realizado. En nuestro pasaje se menciona dos veces el miedo en el versículo conclusivo; es la razón de la huida de las mujeres así como la motivación de su silencio. La huida es fácil de entender; las mujeres acaban de encontrarse con un ángel, y han visto que la piedra estaba apartada y la tumba vacía, allí donde esperaban un sepulcro sellado y con el cadáver dentro. La mera incertidumbre de estos acontecimientos y la impresión que causa el poder sobrenatural ayuda a explicar su temor y asombro. Su silencio es más difícil de aclarar, aunque parezca estar irónicamente relacionado con el que Jesús había impuesto anteriormente en el evangelio, cuando aún no había llegado el momento oportuno para la revelación. Entonces, la gente desobedecía la orden de guardar silencio y propalaba las noticias

(1,44-45; 7,36); ahora, cuando ha pasado ya el tiempo del secreto, el ángel invita a la proclamación abierta, pero las mujeres huyen y no dicen estas nuevas a nadie. Al parecer, «el misterio del reino de Dios» (cf. 4,11-12), según el cual la nueva edad ha llegado sin borrar todos los rastros del miedo propio de la antigua, la poca comprensión y la oposición a la voluntad divina continúan después de la resurrección, y esta paradoja afecta no solo al mundo exterior, sino también a los seguidores de Jesús.

Pero ¿qué es exactamente ese miedo del que se habla en la frase final («porque tenían miedo»), y cómo se explica el silencio de las mujeres? Como hemos observado anteriormente, el miedo es una reacción típica a una teofanía o a un angelofanía, y el mutismo puede ser también resultado de tales encuentros. Pero el mutismo de las mujeres en nuestra historia parece surgir no de la imposibilidad física de hablar, sino de la desgana de hacerlo. Puesto que no hay en el relato razón alguna clara de este silencio, ya que la frase en la que está parece ser redaccional y el secreto de las mujeres concierne al *kerigma*-anuncio de la resurrección, que Marcos cree ahora que debe ser proclamado al mundo entero (13,10), quizás deba buscarse la explicación del motivo en el nivel de la comunidad marcana, donde el miedo a la persecución generaba la tentación de silenciar el mensaje del evangelio (cf. 13,9.11-13). Así pues, el significado de 16,7-8 puede ser similar a la del pasaje de Q en Mt 10,26-33 // Lc 12,2-9, que combina una llamada a confesar abiertamente a Jesús con un exhortación a no temer a los que perseguirán hasta la muerte a los confesores de esta fe.

Sin embargo, a diferencia del pasaje de Q, el nuestro no finaliza con una nota de valiente proclamación sino con una de temeroso silencio y de huida, que muestra que las mujeres no eran esencialmente diferentes a los discípulos varones a quienes el ángel había intentado enviarlas. ¿Pudo ser esta reacción temerosa el final intencionado del evangelio de Marcos? ¿O se ha perdido la conclusión original? Exploraremos esta pregunta en la consideración del *final largo* del evangelio de Marcos.

Paso 1 **Lectio:** ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio:** ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio:** ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio:** ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?